

la cordillera y solo vió un velo de humo flotando con burlona indiferencia. "Campo!" gritó, y los capturados obuses lanzaron sus proyectiles sobre la reserva que avanzaba marcando sus huellas con las formas que se postraban y los gemidos lastimeros. Fué esa su última descarga, y ahora quedaba solo el recurso de la bayoneta para detener el torrente humano, porque Oronoz se venia encima á paso de carga.

En ese momento se oye un toque de corneta por la retaguardia, un grito de alarma, cascos de caballos. "Victoria!" grita Diaz; "victoria!" claman sus soldados; y una vez mas con un "¡adelante!" lleno de inspiracion, dejan atrás la batería. La caballería que formaba el ala derecha del enemigo, hasta allí contenida por el cuerpo de rifleros, habia sido puesta en desórden por la primera carga esforzada de la caballería de Ramos que venia bajando, y contribuyó eficazmente á derrotar á su propia infantería, sembrando la confusion en ella.

Ya en este momento todo se volvió fuga, persecucion y matanza. El ala izquierda, atacada en la retaguardia por la columna del centro de Diaz, fué apresada por compañías enteras. Empero, todavía continuaba la resistencia por un pequeño grupo que rodeaba al coronel Testard, para sostener el pabellon y caer allí formándole un pedestal sangriento al rededor de su base. Solo la caballería se escapó con poca pérdida bajo Oronoz, dejando la artillería y los bagajes para realzar el triunfo del vencedor.

Entre los muertos habia cuarenta franceses incluso su coronel, y los prisioneros comprendian diez y ocho oficiales franceses y veintidos mejicanos, de los cuales los últimos, bajo el edicto estricto de Juarez, debian expiar con sus vidas el error de haber sido traidores á su patria; pero se hizo efectiva solo en los desertores que se habian pasado á Bazaine durante el sitio de Oajaca. Este dia era el aniversario del decreto sangriento de Maximiliano, y tal fué la represalia con que lo celebraron los patriotas del sur. ¡Ofrenda vengadora al espíritu de Arteaga!

CAPÍTULO XIX.

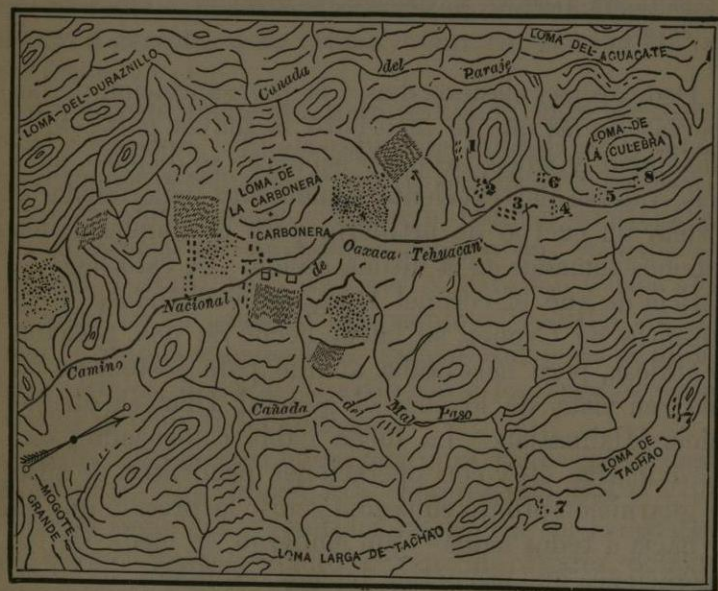
TOMA DE PUEBLA.

1866-1867.

AUMENTASE EL EJÉRCITO REPUBLICANO—VENTAJAS OBTENIDAS—BATALLA DE LA CARBONERA—SITIO DE OAJACA—CRECE LA FAMA DE DIAZ—ACRECENTAMIENTO DE SU EJÉRCITO—DESERCION DE AUSTRIACOS Y BELGAS—ERARIO DE MAXIMILIANO—LAS TRES PLAZAS FUERTES DE LOS IMPERIALISTAS—MAYOR GRANDEZA DE DIAZ—ASEDIO DE PUEBLA—BRILLANTE TÁCTICA—MAXIMILIANO EN QUERÉTARO—RENDICION DE PUEBLA.

Dedicáronse algunos dias á la reorganizacion de las fuerzas, en las que se incorporó la mayor parte de la oficialidad y tropa hecha prisionera: se dispuso, además, valerse del excelente armamento imperialista, y formar un cuerpo de artillería para el manejo de los cañones tomados en la última accion. Á esto llegó la noticia de que el coronel Diaz, aprovechándose de la ausencia de Oronoz, se habia hecho de una posicion ventajosa, pero necesitaba auxilio para sostenerse en ella; en vista de lo cual el general Diaz se dirigió hácia Miahuatlan. La lucha habia comenzado ya al aproximarse él, y con operaciones prudentes de sitio la guarnicion pronto empezó á sentir la presion que se le hacia á todos lados. Sin embargo, en medio de las operaciones que prometian buenos resultados, se interceptó un pliego anunciando la aproximacion de un refuerzo imperialista de 1,500 hombres, austriacos en su mayor parte, é insistiendo en que Oronoz sostuviera á todo trance su importante posicion. Esto puso á los sitiadores en un verdadero dilema. Abandonar el sitio equivaldría á desmoralizarse, y á hacer

abandono de las ventajas conseguidas con tanto sacrificio. Mantenerlo era exponerse á ser atacados, en una línea de difícil defensa, de frente y á retaguardia por fuerzas superiores. No hubo mas remedio que adoptar lo primero, pero de tal manera que se sacara la mayor ventaja posible del parte interceptado. Diaz mandó desde luego órden al general Figueroa que operaba en el distrito de Teotitlan de unírsele á marchas forzadas. Luego una tarde hizo preparativos muy ostensibles para un asalto al cerro de la Soledad que dominaba á la ciudad, pero tan luego como anocheció se retiró apresurándose á encontrar á Figueroa, no fuese que el enemigo lo interceptase en el camino. Figueroa obró con la mayor actividad; la union se efectuó al siguiente dia, y aquella misma tarde vió



BATALLA DE LA CARBONERA.

Explicacion del plano:

- Los puntos y rayitas negras a mano derecha, representan las fuerzas republicanas.
- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. Batallon Libres al mando del Coronel Diaz. | 5. Reserva confiada al Cor. Orozco. |
| 2. Batallon Sierra-Juarez, al mando del Cor. Diaz. | 6. General Diaz. |
| 3. Batallon Soyaltepec mandado por Figueroa. | 7. Brigada del Cor. Gonzalez. |
| 4. Caballeria Soyaltepec mandada por Ramos. | 8. Bateria. |
- Los cuadros y rectangulos claros de la izquierda, cerca de la loma de la Carbonera, denotan las columnas imperialistas.

otra vez á las fuerzas unidas delante de la desconcertada guarnicion, quien teniendo noticia del refuerzo que venia en su auxilio habia estado preparándose alegremente, para salir á la campaña. Tuvo pues que mantenerse retirada detrás de las fortificaciones por renovarse aparentemente el sitio. Durante la noche, sin embargo, Diaz una vez mas se apresuró á ir en busca de los austriacos en el camino de Huajuapán.

Al llegar á la loma de la Carbonera hizo alto para descansar, y como el enemigo apareciera, se movió para ocupar una posicion conveniente, colocando al coronel Diaz en el centro y á Figueroa á la derecha, ámbos con sus frentes armados de rifles y sostenidos por una reserva, miéntras la izquierda estaba sostenida en parte por un cuerpo emboscado. Los austriacos tomaron posesion de una altura distante unos pocos centenares de varas, y abrieron el fuego con su artillería el 18 de Octubre de 1866 al mediodía. Despues de un vivo canje de balas de cañon y fusilería, mandaron dos columnas de infantería contra el centro, las que siendo rechazadas, se retiraron á ampararse bajo los fuegos de la bateria y reformarse para un segundo ataque, auxiliadas por caballería. Esto les dió mejor resultado. Se lanzaron valerosamente atravesando la tempestuosa granizada de balas, y llegando á la línea de ríferos la desordenaron en la base; pero la reserva vino prontamente á apoyarla y los asaltantes se retiraron algo confusos. Observando esto, Diaz echó sobre ellos la caballería, y sobrevino un fiero combate, durante el cual las columnas que iban en retirada tuvieron que replegarse hácia su campo. Sin embargo, pusieron en juego á su bateria obligando á sus perseguidores á desistir, pero solo para un rebote con infantería tras de ellos. Repitieron la maniobra austriaca, y con la mayor bizarría subieron la cuesta haciéndole frente á la destructora lluvia de balas, que abrian anchas brechas en sus filas, haciendo temblar á los caballos y echando por tierra á la gente, que era inmediatamente reemplazada por tropa de refresco.

Continuó la lucha siempre avanzando; seguían los soldados el heroico ejemplo de sus jefes, y estaban ya á punto de cerrar con el enemigo, cuando un torrente de metralla los arrojó para atrás, enteramente desbaratados.

Un contra-ataque violento habría tal vez aumentado la confusion; pero Diaz, siempre vigilante, habia mandado ya á Don Felix y á Figueroa que siguieran con las fuerzas restantes, y avanzaron á tiempo de efectuar una reunion y volver otra vez á la carga. Una reserva austriaca habia venido á sostener la línea amenazada y contuvo el asalto, pero al hacerlo debilitó su ala derecha. Diaz desde luego aprovechó la oportunidad de dirigir contra ella su reserva y logró romper la línea, creando una confusion, y estando debidamente enterados Don Félix y Figueroa, se aprovecharon para dar en masa un nuevo asalto, y corriéndose hácia la derecha ganaron la cima y amenazaron á la batería por retaguardia. Este fué un movimiento decisivo. Los austriacos se replegaron, pero de una manera desarreglada que dió marcadas ventajas á sus perseguidores, quienes cortaron repetidamente sus filas, apresando compañías enteras, hasta que casi toda la infantería cayó en su poder, con 700 carabinas, varios cañones y un valioso tren de material de guerra. La caballería escapó, y á las cinco los vencedores hicieron alto para juntar los despojos, recibir los elogios de su jefe, y presenciar el castigo ejemplar de cuatro soldados que habian faltado á su deber.

Cargados de trofeos volvieron á Oajaca á poner otra vez el sitio, aunque bajo circunstancias ménos favorables, porque Oronoz se habia aprovechado de la tregua para introducir víveres y demás; pero tenían ahora mayor fuerza y artillería de sitio. La última se abrió camino irresistiblemente dominando á las trincheras, y el sitio se fué estrechando, hasta que la guarnicion, al concluir el mes, estaba circunscrita á los dos conventos principales y aislados del cerro de la Sole-

dad. La resistencia era en vano, porque las operaciones en otros rumbos impedían que les llegase auxilio. El 31 se concedió la capitulacion con solo la garantía de las vidas y de cierta propiedad particular, y al siguiente dia hizo Diaz su entrada á su ciudad natal para ser coronado de laurel como su libertador.

Su éxito equivalió á una elocuente alocucion sobre el patriotismo, haciendo ver que las huestes extranjeras y las armas superiores nada podían contra un pueblo resuelto á conservar su libertad.

La salvacion no era solamente política, porque en medio de las medidas adicionales tomadas para la administracion y adelanto de Oajaca y de los distritos adyacentes, hubo una que fué la de establecer la escuela modelo para niñas, en la cual las madres de la raza, libertándose gradualmente de las restricciones supersticiosas, diesen impulso á la mas elevada civilizacion, distinguida por la elevacion de la mujer. Era un cuadro agradable contemplar al rudo guerrero doblegándose á tomar parte en las reuniones infantiles, dando lecciones de simpatía y cordialidad, á la vez que presentando ejemplos benéficos al objeto mas noble de la presente lucha—la libertad de la inteligencia.

Los triunfos brillantes de Miahuatlan y la Carbonera volvieron todo el lustre anterior á la fama de Porfirio Diaz, como el general mas prominente del país. Las batallas en sí estaban eclipsadas por muchas de sus antiguas victorias; pero eran muy notables por el establecimiento indisputable de la supremacia republicana en toda la vasta region del sur, resultado de mas de un año de esfuerzos inauditos y perseverantes. Ellos habian sido radicados por una larga serie de victorias, desde la sorpresa de pequeños destacamentos, hasta el abandono de las bases de operaciones como en Tlapa, y muy dignos de atencion por el casi invariable buen éxito, que atestiguó la pericia estratégica y el arrojo, así como la prudencia del jefe. Habian sido tambien llevados á cabo casi sin ayuda, porque allí no habia tenido lugar la desocupacion

francesa para quitar el yugo á los revolucionarios bien dispuestos, ni habia habido auxilio alguno moral ni tangible de vecino poderoso, equivalente á ejércitos para inspirar al pueblo, y abrir campo á numerosos jefes bajo la direccion inmediata del supremo gobierno. Diaz fué solo, para levantar las masas, dirigirse á los jefes, y proporcionarse los medios con que quitarle armas al enemigo y fabricarse parque con recursos miserables. Uno por uno los cabecillas recelosos y semi-independientes se inclinaron, reconociendo la actividad maestra que se daba á conocer con hechos arrojados, y con un aumento constante de fuerza y de recursos.

Y ahora se veian llegar á Oajaca jefes en persona, ó los apoderados de otros, á ponerse á sus órdenes y pedirle instrucciones que les permitiera seguir el ejemplo dado, y cooperar á mayores fines en su tiempo. Él personalmente hizo un viaje rápido al sur para destruir con las batallas de Chistova, Tequisistlan, y Tlacolulito los últimos baluartes imperialistas en el estado. Con todo, despues de esta hazaña tuvo tambien que licenciar la mayor parte de su fuerza, cuyos individuos para tan loable fin habian permanecido á su lado mas del tiempo convenido.

La peor circunstancia de los frecuentes desbandamientos era naturalmente la continua necesidad de organizar con gente bizoña la columna con que se proponia barrer los estados centrales. Le chasqueó tambien el mal éxito del agente que envió á los Estados Unidos á conseguir armas. Las suministradas habian sido absorbidas por las provincias mas cercanas del norte, y una remesa llegada á Minatitlan era para el gobernador García de Veracruz, protegido de Juarez, quien habia prometido pagar por ellas. Aconteció, sin embargo, que García se habia hecho antipático en los distritos del sur, en parte porque no ministraba fondos para el pago de las tropas; y al saberse que mandaba una gran suma al buque recién llegado, para el pago de las armas, los soldados sospechando que se hacia una extraccion fraudulenta de sus haberes, se pro-

nunciaron y pusieron presos á García y á su agente, quienes para salvarse declararon que las armas eran para el general Diaz. Á la simple mencion de esto la tropa cedió desde luego, pero en su febril adhesion insistió en llevar personalmente el armamento á Oajaca; y así fué como el general recibió inesperadamente de regalo aquello por que habia estado en vano negociando. García tuvo que acompañar el convoy, y Diaz, deseando contentarlo, tanto porque era un antiguo amigo, cuanto por respeto á Juarez, le ofreció el mando de Oajaca. No mucho despues lo trasladó á Veracruz para que pudiera reponerse en su reputacion antes de hacer su renuncia.

El cambio de política de Maximiliano en abierta oposicion á Napoleon hizo á este desentenderse de la convencion de Miramar, y relevar de su fé jurada á aquel príncipe á los oficiales y soldados extranjeros que hacia poco se habian contratado para formar el ejército nacional. Á los austriacos y belgas se les ofreció pasaje libre á sus hogares como medio para tentarlos á que se desertasen, y muchos de ellos lo aceptaron. Bazaine aumentó la malquerencia apresurando su partida, vendiendo á precios ínfimos los caballos y otros efectos, y destruyendo el material de guerra, en vez de traspasarlo al gobierno imperial. Salió de Méjico el 5 de Febrero de 1867, y el 12 de Marzo las últimas columnas de 29,000 hombres se habian embarcado en Veracruz. El ministro Dano permaneció arreglando, entre otras cosas, la entrega á Maximiliano de la aduana en el golfo por la asignacion mensual de \$50,000 de sus productos; ridícula y momentánea pitanza para ir cubriendo los millones galos que se habian disipado, de los que habia solamente por gastos de guerra irrecobrables 300,000,000 de francos, además de otras cantidades mucho mayores, sacrificadas en préstamos ilusorios y reclamos á Méjico, fuera de la interrupcion en las relaciones comerciales.

Maximiliano habia vuelto á la capital, en Diciembre

de 1866, á reunir los fondos y formar los ejércitos con que su partido, con ilimitada generosidad, ofrecia no solo ganar las victorias decisivas que procuraran las condiciones favorables, sino dieran tambien firmeza al imperio mismo. En honor de la verdad hay que decir que las tres emes mayúsculas, Miramon, Marquez, y Mejía se condujeron con mucha actividad levantando millares de hombres, y Miramon hizo una brillante expedicion hasta bien adentro de Zacatecas que produjo el mejor efecto en los ánimos. No obstante, en los primeros dias de Febrero de 1867 fué interceptado y batido por el vasto ejército superior del norte, ayudado por la desercion, y en consecuencia fué necesario abandonar á Guanajuato y Morelia.

Persuadieron al emperador que tomase en persona el mando principal del ejército para evitar la desercion, y que avanzase hácia el norte á contener la concentracion de los ejércitos republicanos, interin el gabinete bajo Lares, el jefe conservador, cuidaba del valle de Méjico y de la mesa de Puebla. Uno de los objetos era librarse de su fiscalizacion y de sus urgentes exigencias de que le cumpliesen lo prometido. El príncipe salió para Querétaro el 13 de Febrero con \$50,000—ridícula suma en verdad con que sostener el ejército impaciente reunido en aquella ciudad frailerá, que montaba á cosa de 9,000 hombres, de quienes una gran parte era víctima de la leva. Los jefes en Méjico tuvieron cuidado de proveerse de fondos suficientes; mas aun, de retener algunas de las tropas mas escogidas para agregarles los ejércitos reunidos para su propia defensa; llegando la fuerza que habia solo en la capital á 5,000 hombres al mando del general Tavera; á la vez que Puebla y Veracruz tenian casi otro tanto, con grandes depósitos de armamento y municiones, y campos ricos para levás y contribuciones con que sostenerse. Las tres ciudades centrales, que eran el foco y fuerte sosten del partido conservador aristocrático, formaban naturalmente el punto objetivo de los republicanos que venian avanzando. Pero el movimiento

tan resuelto de Maximiliano echó por tierra las esperanzas que se habian concebido, é hizo que se adoptara la concentracion contra él de los cuerpos de ejército del norte y occidente, y en breve tambien del ejército del centro, que bajo Régules y Palacios habia mantenido una lucha precaria en Michoacan hasta tarde en 1866 en que algunas de sus secciones llegaron hasta Toluca. Por consiguiente, solo al general Diaz le quedaron la reconquista y pacificacion de esta serie de llaves estratégicas, á tiempo que su ejército de oriente solo existia en embrion y tenia que ser de calidad heterogénea.

Dos marcadísimos ejemplos se presentan de la alta estimacion en que se tenian su influencia y pericia, aun en el actual estado de sus proyectos, tanto por los imperialistas como por los juaristas. La partida de Bazaine y la derrota de Miramon hicieron á Maximiliano vacilar una vez mas, y sondear á los republicanos respecto á su porvenir. Naturalmente se dirigió á Diaz, como el mas prominente y moderado de los jefes, ofreciéndole desconocer á Lares, Marquez, y otras columnas del imperio, y entregarle todas sus fuerzas si accedia á conceder algunas condiciones favorables á sus partidarios, y á permitir la retirada sin interrupcion de las tropas extranjeras, computadas en unos 5,000 hombres, con su príncipe á la cabeza. El general no se sintió halagado por esta proposicion, en la que se le hacia capaz de usurpar las prerogativas de su gobierno instalándose como árbitro en los asuntos mas vitales de la nacion; y dió curso á sus sentimientos en una carta por la prensa el 14 de Febrero de 1867, declarando que como comandante en jefe del ejército confiado á él por las autoridades supremas, no podia sostener otra clase de relaciones con el archiduque que las permitidas por las leyes militares con el jefe de una fuerza enemiga; y que resistiría cualquiera tentativa de evasion por el cuerpo de extranjeros. Esto lo dijo cuando no podia de manera alguna haber reunido una columna suficiente para el fin indicado.

La otra prueba de consideracion vino de Juarez. Aquél habia reservado para sí la esperada subyugacion y mando del importantísimo valle del lago, junto con el distrito federal y las secciones setentrionales del estado de Méjico, aunque permitiendo á la línea de oriente abrazar la parte meridional de Méjico, Tlascalala, Puebla, y Veracruz que se extendian en derredor y mas allá. Pero atemorizado por los obstáculos que se le presentaron á su paso en Querétaro, cedió todo el estado y valle á Diaz, no sin ciertos recelos, porque la fama de este general estaba despertando una envidia bastante esparcida, de la cual el mismo Juarez dió pruebas, aunque algo tranquilizado por la franqueza y buena voluntad con que Diaz se avenia á ponerse á las órdenes de cualquier jefe con que el gobierno quisiera reemplazarlo.

La creciente línea de operaciones que se extendia desde Chiapas, mas abajo del paralelo décimo sexto de latitud, hasta el norte de Puebla, y de Veracruz en el vigésimo segundo, hizo necesario separar la hacienda civil de la militar; á cuyo efecto creó Diaz una comision de guerra para establecer el orden y acabar con la confusion resultante de las complicaciones políticas, de las repetidas renovaciones de tropas, y de la magnitud siempre en aumento de las expediciones. Era necesario tambien alentar á las tropas dándoles un necesario tambien alentar á las tropas dándoles un aumento de prest, por requerirlo así los actuales precios subidos en los estados centrales.

Para distribuir mas equitativamente las cargas de la campaña, los jefes, ya unidos despues de la subyugacion de la region de Oajaca, fueron despachados á varios puntos á reorganizar y completar sus cuerpos; el general Figueroa á la línea desde Tuxtepec por Teotitlan á Zongolica, donde debia formar una brigada; el coronel Espinosa al distrito de Acatlan para levantar un cuerpo de infantería y caballería; el coronel Visoso á Chiautla é Izúcar; y el general Leiva á la parte sur de Méjico, llamada mas tarde Morelos, desde donde obligó á Peña á retirarse de Guerrero á

la capital. Iguales instrucciones fueron trasmitidas á los jefes mas lejanos; al general Cuéllar, la de formar la línea militar de Chalco-Tezcucó; los generales Mendez y Bocarde que habian ganado algunas ventajas en el norte de Puebla y Tlascalala, fueron alentados á continuar sus esfuerzos, y lo mismo se hizo con Alatorre en el norte de Veracruz, quien se habia apoderado de Jalapa en Noviembre. La parte sur de este estado ya se les habia arrebatado á los imperialistas bajo las direcciones anteriores de Diaz, ocasionando el abandono del único punto fuerte que tenian los franceses en Tabasco. Gonzalez, que era ya general, quedó en Oajaca ocupado en completar los enganches para tres batallones de cazadores. La empresa de los franceses de realizar dinero por sus caballos y otros efectos de difícil transporte, fué casi del todo frustrada por una proclama de Diaz, prohibiendo la compra de material ó bagaje alguno de guerra.

Durante la organizacion de tropas, el general avanzó hasta dentro del estado de Puebla con un pequeño cuerpo de lanceros, unos cuantos ayudantes, y una seccion del departamento médico, dejando á Oajaca al cuidado de J. M. Maldonado como gobernador, y de su hermano Félix como jefe militar. Avanzó lentamente hácia el norte, inspeccionando y dando direcciones, é incorporando sucesivamente brigada tras de brigada, que se ponian bajo sus órdenes con admirable regularidad. El que pocos meses ántes habia vagado por allí fugitivo, jefe de una partidita, se encontró á fines de Febrero en Huamantla jefe de un ejército bastante imponente, si no del todo completo y equipado.

Aquí se organizó el cuerpo en tres divisiones: dos de infantería y una de caballería, bajo Alatorre, Mendez, y Toro respectivamente. Alatorre recibió las tres brigadas de Gonzalez, Carrion, y Figueroa; la de Carrion comprendia las tropas de Veracruz y el batallón de Espinosa. La segunda division se componia de dos brigadas de milicias del norte de Puebla bajo Lúcas y Cravioto. La caballería de Toro formaba

dos brigadas mandadas por Mier y Teran, y Bocado. El general Benavides que habia reemplazado temporalmente á García en el gobierno de Veracruz, fué nombrado cuartel-maestre. Este cuerpo de ejército fué desgraciadamente privado de su importancia por una orden del gobierno, que no contento con armar contra Maximiliano en Querétaro los numerosos ejércitos del norte, oeste, y centro, exigia ahora ser reforzado por Mendez, de manera que solo quedaba un resto bajo Bonilla para reemplazar su division. Parecia que habia el propósito de entorpecer á Diaz en sus operaciones, y de apresurar las que se hacian bajo la inmediata vista de Juarez, para limitar sus triunfos. Aunque conoedor sin duda alguna de las causas, obedecia sin titubear todas las órdenes que se le daban.

Buscando la manera de obtener fondos del departamento de la comisaría, se opuso á la práctica tan comun de imponer contribuciones forzosas ó gravar fuertemente á los distritos, y trató de igualar las cargas pidiendo prestado á los ricos y pagándoles á medida que entraban las rentas; pero tuvo primero que desvanecer la mala impresion causada por la falta de fé de parte de los anteriores jefes y gobernadores. Los capitalistas de quienes se solicitaron \$30,000, contestaron, por ejemplo, ofreciendo como obsequio la mitad de esa suma si no se les exigia el resto. El general aceptó con una sonrisa. Pocos dias despues se apresuró á reintegrarles su dinero, y así empezó á restablecer la confianza.

Ya estaba listo para marchar sobre Puebla ó sobre Méjico, estando ya ámbas plazas bajo la vigilancia de sus columnas. Como paso preliminar expidió en Marzo 1° un llamamiento al pueblo, notable por el espíritu patriótico y elevado entusiasmo que revelaba, al mismo tiempo que por su tono de moderacion, ageno de todo sentimiento de partido ó grito de guerra: manifestando la esperanza generosa de que se tratara con consideracion á los mejicanos descarriados. Alu-

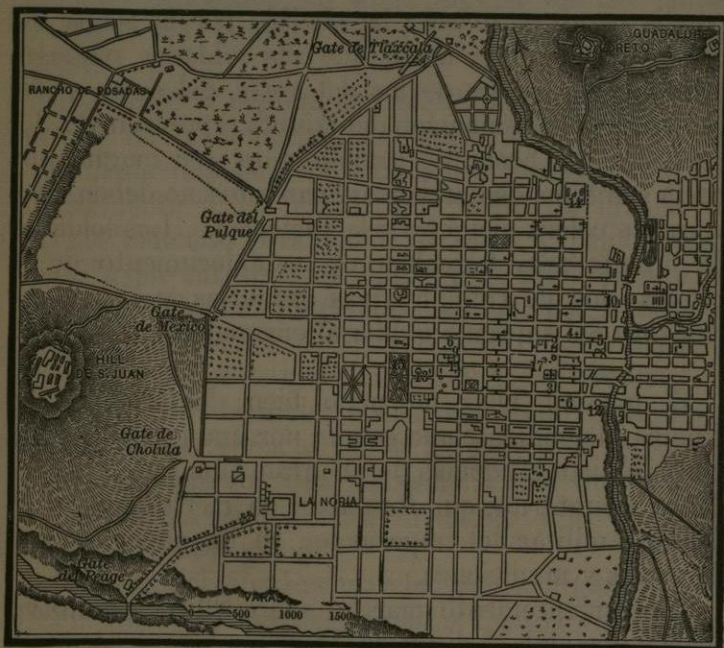
dia con amenidad á los valientes jefes que se le habian unido para librar á la patria de un yugo monárquico, tan desagradable á los compatriotas de Morelos y Zaragoza. Lo que tantos miles de los primeros soldados europeos no pudieron hacer, á pesar de estar sostenidos por recursos ilimitados y por mejicanos llevados de falsas ideas, debia estar fuera de las posibilidades de una faccion pequeña de eclesiásticos y conservadores, cuyas miras se lograrían únicamente con la desgracia del pueblo. La obstinacion imperdonable de Marquez, Miramon, y Lares habia de causar todavía mas desoladoras escenas de fuego y sangre, con el consiguiente resultado de familias arruinadas, y huérfanos llorosos; pero al ejército de oriente le correspondia seguir su marcha irresistible por la senda del deber y del honor, hasta que sus soldados pudiesen estrechar las manos de los del norte, del oeste y del centro en la consumacion del triunfo republicano. La república es bastante grande para ser magnánima hácia sus hijos descarriados; mas estos no deben provocar su cólera ni agotarle la paciencia. Los soldados de oriente solo buscaban el restablecimiento de la constitucion de 1857, con sus garantías, y el reconocimiento del supremo gobierno emanado de ella.

El general Diaz no pudo bien desatenderse de Puebla, defendida como estaba por una guarnicion de 2,500 soldados, además de un gran número de ciudadanos voluntarios, que formaban en cierto sentido el depósito militar del imperio con su imponente acopio de armas y municiones.

Consiguientemente marchó sobre ella y plantó su cuartel general el dia 9 de Marzo sobre el cerro de San Juan, algo mas de una milla al oeste de la ciudad de los templos, lugar predilecto de los clérico-conservadores.

Siendo su fuerza escasamente igual á la de los defensores, y teniendo solo media docena de cañones cogidos del enemigo, para hacerle frente á los ocho

formidables fuertes provistos con mas de 100 bocas de fuego, parecia bastante presuntuoso ponerle sitio á una plaza que habia rechazado triunfante al mas imponente ejército de Lorencez, y desafiado por meses enteros las huestes y baterías de Forey. Puebla bien podia sentirse segura y hacer burla de semejante tentativa, aun cuando su gobernador fuese el presumido y apático general Noriega. Las tácticas anticuadas, que aprendió él en la escuela del marqués de Vivanco, estaban, no obstante, considerablemente modificadas por las mas modernas ideas del general Quijano, su segundo, que era hombre de reconocida reputacion desde la guerra de 1846 á 1847.



PLAN DE PUEBLA.

Diaz llamó á su lado al general Álvarez, gobernador de Guerrero, quien, con la ayuda de un clima cálido y de terrenos escabrosos, habia conseguido mantener cierto

dominio en áquel estado. Con su division se esperaba acrecentar la fuerza sitiadora con 1,500 hombres y unos cuantos cañones; pero otra vez vinieron órdenes del gobierno para despachar mas gente al sitio de Querétaro, y Diaz tuvo que valerse enteramente de la estratagema y perseverancia para suplir la escasez de fuerzas. Bazaine, que estaba á punto de embarcarse, pagó un tributo á este *homme extraordinaire*, que fugitivo de una prision y errante habia formado de la nada un ejército, y disciplinándolo en medio de una brillante campaña. "Pero se estrellará si comete el error de ponerle sitio á Puebla. Yo me encargaría de su defensa con la tercera parte de la guarnicion que tiene ahora."

Se habia contado con que Noriega tratara de estorbar las operaciones haciendo salidas, que no habrían dejado de causar molestias y tal vez desastres; pero por extraño que parezca, los sitiadores no hallaron tropiezos en la lucha por las líneas del oeste y del sur. Muchos pierden su sangre en vano delante de la fortaleza avanzada del Cármen, bizarramente defendida por Carrillo; pero encuentran la compensacion por otra parte. Lentamente, pero con seguridad, siguen adelantando con atrevidos asaltos, haciéndose un dia del inexpugnable fuerte de San Javier que mandaba el general Carrion; en otro dia cae La Merced; y mas luego Gonzalez sella con su sangre la toma de San Márcos. Minando y horadando ganan una manzana tras otra, abriendo siempre nuevos caminos para los cañones que avanzan, y hacen que las murallas, ora las de Belen de cimas cruzadas, ora las del almenado San Agustin, se hundan en ruinas espantosas, mientras las torrecillas ruedan sobre los vacilantes altares, el humo sulfuroso se eleva en vez del incienso, y las campanas ruedan con sus lúgubres tañidos dando dobles como augurio de la suerte del imperio. ¿Y qué entierro mas adecuado para el imperio que ese en medio de los escombros de los templos que habian formado su base primordial?

Díaz se multiplicaba, para estar en todos los puntos á cada instante, privándose del reposo en medio de aquella acumulacion de deberes. Inspeccionaba las líneas y dirigia la construccion de barricadas y trincheras. Alentaba á sus soldados viendo la manera de aliviarlos y compartiendo sus fatigas, ya con su valor y constante descuido de sí mismo, ya por algun hecho de intrepidez; su vida parecia estar encantada. Una vez, miéntras se disponia para un asalto en un terreno que tan bien le traia á la memoria los dias en que él mismo lo defendió, se vino á tierra una pared sepultándolo debajo, y causando la mayor consternacion de sus soldados, quienes se arrojaron frenéticamente atravesando la lluvia de balas á extraer su cuerpo, siendo grande su alegría al encontrarlo casi ileso.

Uno de sus golpes brillantes, no comprendido por los ingenieros de Forey, fué la ocupacion una noche de la alta calera de Mujica, la cual, despues de llenada de tierra y de piedras, sorprendió á la ciudad, al siguiente dia, abriendo sobre ella con una batería formidable, que no solo ocasionaba gran daño, sino que protejia con mucha eficacia las operaciones del sitio que estaban á su alcance. Se aprovechó de los cañones abandonados en Perote y Borrego para acrecer su artillería; y así con la fertilidad de recursos, con ingeniosas aplicaciones y valiente perseverancia, se logró adelantar en las operaciones de sitio en dos semanas, mas que los franceses en dos meses á pesar de la vasta superioridad de sus recursos.

Mucho tiempo consagró el general tambien á los ramos administrativos. Compuso el telégrafo entre Veracruz y el valle de la laguna, y mantuvo comunicaciones con todos los distritos desde Toluca y Chiapas hasta el golfo. En el esfuerzo para conseguir fondos impuso la contribucion de uno por ciento sobre toda clase de propiedad, estableció una aduana en Apizaco, y mandó un inspector á reorganizar las de los puertos del golfo, dejando abierto el de Alvarado al comercio de altura, durante la ocupacion de Vera-

cruz por los imperialistas. Consiguió bajo su responsabilidad personal un préstamo del agente de la tesorería en Orizaba, para cubrir algunas necesidades urgentes. De esta manera, en las últimas agonías de la guerra, cuando era de esperarse que todo llegaría á un estado de mayor desórden, él arregló, en todas las provincias del sur y del centro, los negocios políticos y económicos de tal manera que causó la admiracion general, y contribuyó á la marcha futura del progreso por su inmediato efecto, é indirectamente por su ejemplo.

Como un rasgo notable de aquella administracion pasajera, puede señalarse la distribucion equitativa de las contribuciones é impuestos, que tendia principalmente á aligerar el peso que hasta entónces se habia hecho recaer por descuido sobre los indefensos pobres, y sobre las víctimas que estaban mas expuestas por hallarse mas á mano, respetando, no obstante, escrupulosamente los derechos de las clases acomodadas. "Si yo fuese únicamente el jefe de un ejército, bajo la direccion del gobierno," decia, "tendría ménos responsabilidad y mayor libertad de accion; mas soy, por ahora, legislador y ejecutivo, á la vez que general; y me creo obligado, tanto por honor como por deber, á medir cuidadosamente cada paso, y á atender personalmente á cada ramo para que todo se haga con justificacion."

Su campamento se convirtió en tribunal á donde de todas partes acudia la gente con peticiones ó quejas, á las que él atendia con patriarcal solicitud, en medio de sus varias ocupaciones, no siendo raro vérsele volver de una junta de guerra donde se tratara de un nuevo medio de destruccion, á reparar el mal hecho á algun desdichado; ó dirigir corteses saludos en medio del estruendo de las baterías, bajo las nubes de humo de la pólvora, y aun en presencia de los despojos de la muerte. Aldeanos medio desnudos, hacendados ricamente vestidos, y mujeres con el rostro casi cubierto y miradas llenas de curiosidad, se agolpaban

en su camino para admirar al esforzado caudillo y al sabio administrador; para preconizar con entusiastas vivas sus hechos gloriosos y sus benéficas medidas; para espiar inútilmente en su semblante halagüeño, pero impenetrable, un presagio del día siguiente; y para engrosar, en fin, el abigarrado cortejo que lo seguía hasta el cuartel general, donde los libros, los mapas, y la meditacion le llamaban al campo del reposo.

Los demás buscaban la señal para reposar en el lúgubre clamoreo del toque de ánimas que partía de los campanarios de la ciudad, los cuales se dibujaban en el horizonte, semejantes á gigantescas estatuas de Memnon, á la espirante luz crepuscular que rápidamente se desvanecía mas allá del Popocatepetl; en tanto que la mustia naturaleza se envolvía en el espeso velo de la noche, el fragor de la batalla se extinguía entre el susurro de la brisa, y el ronco alarido de los combatientes se hundía en el solemne "Ave María" que recitaban la tropa y los paisanos, sobre quienes la brillante luna arrojaba sus bendiciones; mientras las estrellas se agrupaban para velar en compañía de los centinelas que se paseaban, y cuyos pasos medidos y el "alerta" que dejaban oír de cuando en cuando, dejaban conocer que se había dado tregua á la lucha.

Cuando con mas seguridad se avanzaba hácia un feliz desenlace, las operaciones del sitio fueron amenazadas por un movimiento del enemigo, que bien pudiera disipar las ventajas hasta entónces obtenidas, y acaso cambiar el aspecto de toda la campaña.

Maximiliano se había atrincherado en Querétaro, y esperaba pasivamente el ataque de las fuerzas republicanas que gradualmente engrosaban bajo las órdenes de Escobedo, general en jefe del ejército del norte, y no hacía ninguna tentativa para interrumpir sus preparativos, ó para batir en detalle á las dispersas secciones, aunque ámplia oportunidad tuvo para ello. Despues de algunos días de sitio, cuando los republicanos que lo sostenían no pasaban de 25,000, se pensó

en una retirada con 9,000 hombres hácia la capital, á fin de formar un solo cuerpo con las fuerzas que allí había, debiéndose obtener así un total de 20,000 hombres, con los cuales se intentaba librar una batalla. Este proyecto fué desechado, y en vez de ello se dieron á Marquez 1,200 caballos para que se abriera camino á la capital, é hiciese efectivos los contingentes de hombres, numerario, y material de guerra que sin cesar prometían los conservadores, pero que nunca enviaban. Con este fin fué investido de poderes omnímodos, como lugarteniente del emperador, para reformar el gabinete, del que se desconfiaba, con Vidaurri, el de Nuevo Leon, como ministro de hacienda y probablemente jefe del ministerio, y con instrucciones para establecer una regencia en caso que el monarca falleciere.

Cuales hayan sido en realidad las órdenes que Marquez llevó, no se sabe á punto fijo; sin embargo, ellas indudablemente le imponían que trajese ó enviara refuerzos á Querétaro á toda prisa, para sostener la defensa de la plaza y contribuir á la victoria que se esperaba alcanzar. Cuales hayan sido sus intenciones también es dudoso; mas el llamamiento de Noriega para que lo auxiliase, demostró la necesidad de conservar para el imperio tan importante posición, aunque no fuese mas que con el objeto de detener la marcha del ejército de oriente sobre Méjico, ó acaso para contribuir á precipitar la caída de Querétaro. Bajo sus despóticas órdenes, la rica Méjico fué violentada á ministrar tanto fondos como hombres, y Noriega recibió el 27 de Marzo la placentera noticia de que pronto le llegaría un refuerzo de 8,000 hombres, entre los cuales habría franceses, austriacos, y otras tropas escogidas.

Esta noticia causó una consternacion general entre los sitiadores, pues la superioridad numérica, no ménos que la fama de Marquez como caudillo, era un poderoso motivo para determinar la retirada cuanto ántes. Diaz conoció el peligro, así como la futilidad de inten-

tar esta vez una repeticion del episodio de Oajaca. El considerable tren que llevaba consigo era un estorbo á sus movimientos, y el ataque probable que sufriría, tanto por el frente como por la retaguardia, podia ser desastroso. Eran, sin embargo; mas temibles para él las consecuencias de una retirada, que no podian ser otras que la desmoralizacion de su ejército, la pérdida de las ventajas obtenidas y la de su propia reputacion. Cualquiera podría imaginarse la lucha en su interior; pero no la naturaleza de ella. Tan pronto formaba un plan como lo deseaba, hasta que al fin tomó una resolucion. Á la hora de comer se presentó sereno como de costumbre, miéntras todo lo que le rodeaba parecia oscurecido por la nube que amenazaba eclipsar la estrella de oriente. Aun mas jovial tornóse todavía al observar las furtivas miradas que le dirigian, y exclamó: "Tengo el presentimiento de que celebraremos el aniversario del glorioso 5 de Mayo dentro, ó por lo ménos, cerca de Méjico." El tono de seguridad y la alegre expresion de su semblante al pronunciar esas palabras, produjeron desde luego un efecto favorable entre los circunstantes que pronto se trasmitió á todo el campamento.

Suspendiéronse las hostilidades, y empleóse la tarde en preparativos que indicaban claramente una retirada. Los cañones se quitaron de las baterías: los carros se colocaron detras del cerro de San Juan; y vióse un número considerable de hombres ocupados en llenar sacos de paja y de mimbres. "Para qué?" preguntaban los curiosos. "Para hacer luminarias y ocultar con ellas nuestra fuga," respondíase en el acto. No fueron necesarios, sin embargo, los informes de los espías para convencer á los poblanos de lo que ellos mismos veian. Con esto y las nuevas del general Marquez llenóse de una loca alegría la ciudad entera. "Cuanto apostamos á que mañana han desaparecido ya!" era la voz que repetian con desprecio las avanzadas y los que no estaban de reten.

Esa misma noche, la del 1° de Abril, Diaz citó á

junta de guerra á los jefes principales. "Tienen razon esos jactanciosos," dijo, "no estaremos aquí mañana, sino dentro de la ciudad." Los que le escuchaban no comprendieron de pronto lo que quiso decir; mas lo que parecia ser un absurdo cambió de aspecto bajo el prisma de la explicacion. Se propuso un falso ataque sobre el convento del Cármen, punto el mas avanzado al sur de la ciudad, con objeto de llamar la atencion del enemigo y atraer allí la reserva de la guarnicion; en seguida el asalto por toda la línea del oeste y del sureste, á trece puntos diferentes, escogidos de tal manera que asegurasen una pronta sorpresa á la retaguardia de las posiciones mas fuertes, tan luego como algunas de las mas débiles fuesen ocupadas. Los sacos llenos de pajas y varas debian servir de faginas para cegar los fosos y poder cruzarlos. Entre las dos torres del cerro de San Juan colgáronse sobre alambres tiras de algodón, empapadas en materias resinosas, y que debian encenderse para dar la señal del ataque. Debido al corto número de las fuerzas, las columnas asaltantes tendrían que componerse de ménos de 100 hombres, por término medio; sin embargo, no se necesitaba mas que arrojo para tomar algunos de los puntos, teniendo que sucumbir sucesivamente todos los demás. El plan fué aplaudido unánimemente, suscitándose una amistosa rivalidad por el honor de llevar las columnas al asalto. Casi todos los generales obtuvieron el mando de un destacamento, asumiendo Alatorre, como jefe de la 1ª division, el de la reserva, con la que debia acudir á donde mas se necesitase de su auxilio. Acordóse á la vez guardar el mas riguroso secreto y el no arrojar ningun grito, ni hacer el menor ruido que pudiese infundir sospechas á los sitiados. Los semblantes gozosos de los oficiales, á pesar de esa determinacion, revelaron desde luego la grata esperanza de que se realizaría una de las atrevidas empresas, tan á menudo asociadas al nombre de Porfirio Diaz, y un sentimiento general de entusiasmo se hizo manifiesto

Situáronse varios de los cañones frente al Cármen con tres columnas cerca de ellos. A las tres de la mañana del 2 de Abril Diaz se presentó en su puesto, y rompió los fuegos que fueron pronta y nutridamente contestados. Despues de un cañoneo como de media hora, una de las columnas asaltantes avanzó, dando grandes voces, hácia la abierta y anchurosa brecha; pero solo para volverse á mitad del camino, ante la lluvia de metralla con que fué recibida. Poco despues lanzóse la segunda columna que logró acercarse mas, pero que tambien fué rechazada; y en seguida la tercera y mas numerosa al mando del general Figueroa, que llegó hasta el foso, pero sin poder salvarlo.

Juzgando que esos tres movimientos habrían engañado suficientemente á los sitiados, el general Diaz hizo dar al clarín la señal convenida. Inmediatamente resplandecieron las encendidas tiras resinosa, derramando una luz siniestra sobre la ciudad y sobre el valle, y poniendo de manifiesto ante los azorados defensores de la plaza las numerosas columnas que en silencio se habian deslizado, y que rápidamente se acercaban por todos lados. Un momento despues las descargas sucesivas de fusilería vomitaban torrentes de fuego tanto al este como al oeste, siendo terriblemente contestadas desde las trincheras donde las detonaciones de los rifles resonaban agudas entre el ronco rugir de los cañones, en medio de las llamaradas que serpenteaban por toda la extension de la línea, semejantes á las olas fosforescentes que revientan sobre la playa. Muchas, muchísimas veces cruzáronse esas ondas de fuego, cuyo fulgor y estrépito, despues de recorrer la llanura, iban á morir al pié de la lejana sierra.

Furiosa fué la lucha, mas furiosa sin duda de lo que debia esperarse, despues del engañoso movimiento practicado por el lado del sur. Diaz buscaba con ansia una señal de triunfo; habia observado atentamente como arrojaban las columnas sus faginas á los fosos y se lanzaban con denuedo sobre las trincheras y baluar-

tes, que sin cesar vomitaban ardiente plomo y hierro, para ser rechazadas una vez tras otra. Vió como Alatorre corria presuroso á sostener á los soldados que flaqueaban cerca de La Merced, y contempló tambien á Pacheco dos veces rechazado de La Siempreviva. De repente, sin embargo, verificase un cambio. El mismo Pacheco da otro empuje, sin cuidarse de sus heridas ni de su baldado brazo, y ocupa por fin aquel reducto; mas, al llegar á él se deja caer en tierra al mismo tiempo que lanza un grito de júbilo: su pierna inutilizada se niega á sostenerlo mas tiempo. Inmediatamente despues estalla un tumulto: es que varias columnas habiendo ocupado los puntos mas accesibles, caen sucesivamente sobre la retaguardia de la combatida línea, en donde una fuerza que ha sido cortada se rinde muy en breve. Los gritos victoriosos que á cada momento se oyen en todas direcciones anuncian que la resistencia es ya enteramente inútil, lo cual hace determinar una violenta retirada hácia los cerros de Loreto y Guadalupe; mas esto no pudo efectuarse sin una tenaz persecucion, y tan de cerca, que solo permite á una parte de los fugitivos hallar abrigo dentro de aquellos fuertes.

La aurora del nuevo dia reemplaza las moribundas llamas del cerro de San Juan, y saluda á la bandera republicana al izársela en Palacio y en los campanarios, en tanto que Loreto formula una rugiente protesta desde sus baterías, sosteniendo por algunas horas un cañoneo que solo ofende á la ciudad. Las victoriosas tropas se reunen en la plaza para rendir una ovacion á Diaz, pues que á él corresponde lo principal de los honores de la jornada, digno complemento del cinco de Mayo y que brillará como una estrella en el escudo de sus servicios. La infructuosa hazaña de Zaragoza adquiere un nuevo lustre con este atrevido golpe, fecundo en resultados favorables á los derechos de la nacion. En vano son las modestas protestas del general, desconociendo su propio mérito y atribuyéndolo todo á los valientes oficiales que con tanta reso-

lucion llevaron á efecto sus planes y afrontaron el peligro. Ellos, por su parte, no reconocen á otro héroe en esta vez. ¿De qué habrían servido, en verdad, la sangre derramada, el valor, y la perseverancia sin los medios suministrados por su habilidad estratégica, y por la confianza que supo infundir á sus soldados, sin la cual habrían vacilado y retrocedido?

Después que su genio militar ha triunfado adquiere nuevos lauros por la disciplina en que mantiene aquellas fuerzas que poco ántes, cual un torrente devastador, habían rebasado las fortificaciones, pero que una vez dentro de la ciudad se hallan reunidas en el mejor orden y la mas completa sumision, sin que ningún nuevo acto de violencia, ninguna señal de desorden ó de rapacidad, ni muestra alguna de represalia ni de odio empañen su triunfo. Descansando sobre las armas, cual se ven los cuerpos en una gran parada, los contempla con asombro, pero sin sobresalto, la multitud de niños y mujeres que ocupan los balcones. Esta actitud contribuyó mucho á que se rindiesen los puntos de la ciudad que aun permanecian ocupados por el enemigo. Al dirigirse el general hácia Palacio, atronaban el aire las aclamaciones entusiastas de los soldados y del pueblo; y el prolongado grito de "¡viva Porfirio Diaz!" acompañado de las sonoras dianas, era repetido simultáneamente por mil bocas.

Situáronse luego baterías á corta distancia del cerro fortificado. Entre tanto, los soldados prisioneros fueron incorporados á las filas liberales; las trincheras y fortificaciones se repararon incinerándose los cadáveres, y dándose otras disposiciones convenientes para la seguridad y gobierno de la ciudad, así como para arbitrar recursos. Al dia siguiente se intimó á la guarnicion del fuerte que se rindiese á discrecion, previniéndole que no se escucharía ninguna proposicion una vez comenzado el ataque. Por la noche vinieron unos comisionados, y viendo que no podian obtener mejores proposiciones, el general Tamariz presentó su espada. "Guardadla, compañero," dijo Diaz, "siem-

pre ha conservado su buen temple y todavía tiene que servir á la república." Este acto generoso no pudo ménos que influir favorablemente sobre la guarnicion, y al amanecer del dia siguiente apareció enarbolada una bandera blanca. Entre los prisioneros figuraban once generales y tres obispos, que fueron separados de los de rango ménos elevado.

Así cayó Puebla, la mas temible, bajo cierto punto de vista, de las tres plazas fuertes que aun conservaban los imperialistas; pues que la capital, bajo iguales circunstancias, no podría sostenerse por mucho mas tiempo. El acontecimiento del 2 de Abril hizo estremecer hasta sus cimientos al imperio que se desplomaba, y difundió un gran desaliento tanto en Querétaro como en Méjico, contribuyendo, como se verá luego, á los triunfos subsecuentes de los republicanos. La pérdida de vidas no fué poca, pues solamente la de la division pasó de 450 hombres.

